

ECOS DEL CONGRESO INTERNACIONAL DE AMERICANISTAS.

Por Rafael García Granados.

En uno de los últimos Congresos Panamericanos en que los delegados de los diversos países habían asistido ya a varios banquetes, bailes y recepciones, pero no habían tenido aun ninguna sesión de trabajo, preguntaba el delegado mejicano al norteamericano: "¿Cuándo comenzaremos a trabajar?" La contestación inmediata fué: "Yo no vine a trabajar; vine a fraternizar".

Si este mismo hubiera sido el caso (que no lo fué) del Congreso Internacional de Americanistas que acaba de reunirse en la ciudad de Méjico, podríamos decir que el Congreso había sido un éxito y todos los esfuerzos y gastos que originó, bien empleados. En efecto, si los congresos son ya un éxito por el hecho de trabar relaciones de amistad y permitir el cambio de impresiones e ideas entre personas de diversos países dedicadas a las mismas actividades, con mayor razón puede aplicarse este principio general al XXVII Congreso Internacional de Americanistas, puesto que a él concurrieron los más distinguidos hombres de estudio que se dedican a la Antropología Americana en Europa y América; hombres que al conocerse los unos a los otros, tuvieron oportunidad de ensanchar sus horizontes y apreciar sus errores en un terreno puramente científico que no lastimó su amor propio. En ello pensaba sin duda el sabio Delegado del Museo de Historia Natural de Nueva York, Dr. George C. Vaillant, cuando en la primera sesión pidió que se nombrara Presidente Honorario al General Lázaro Cárdenas, como una muestra de agradecimiento por el apoyo que dió para que el Congreso se reuniera en esta ciudad; y así deben ha-

ber pensado también los delegados extranjeros que en la misma sesión propusieron como Presidente al Dr. Alfonso Caso, que con tanto empeño, tacto y laboriosidad, preparó y organizó con mucha anticipación la fructífera reunión de sabios internacionales.

Pero el Congreso a que venimos refiriéndonos no fué un éxito solo por el intercambio de ideas y las relaciones de amistad que trabaron los congresistas, sino que también fué una reunión en la que se trabajó intensamente y con fruto evidente durante diez días. Prueba de ello son las importantes conclusiones de carácter práctico a que llegó el Congreso - y a las cuales dedicaremos artículo por separado - y también los 125 trabajos que en cinco lenguas (español, inglés, francés, alemán y portugués) se leyeron y comentaron, algunos de ellos sumamente importantes y de la mayor trascendencia para las relaciones entre las culturas indígenas y la lingüística americana.

Entre las muchas impresiones gratas que de Méjico se llevaron los extranjeros, figura en primer lugar la de la reciente fundación del Instituto Nacional de Antropología e Historia que, al haber sido dotado de autonomía y por consiguiente de vida propia, pone los estudios antropológicos en un plano rigurosamente científico y al margen, por consiguiente, de los vaivenes y de las veleidades de la política, haciendo así posible una defensa más efectiva del legado tradicional y monumental cuya misión es conservar y estudiar, a la vez que constituye un órgano científico de consulta al servicio del Estado; órgano que estará integrado por técnicos y no por imprevistos, como solía estarlo cuando el extinto Departamento de Monumentos era una de tantas dependencias de la Secretaría de Educación, a cuya jefatura podía aspirarse por méritos hechos "en campaña".

También fueron acreedores a elogios, por parte de los congresistas, los gobernadores de los Estados de México, Puebla y Oaxaca y el Jefe del Departamento Central, por la hospitalidad y los agasajos que ofrecieron a los congresistas. El de México y el del Departamento Central, les ofrecieron comidas y festejos en Tepotzotlán y Xochimilco respectivamente. El Gobierno del Estado de Puebla los recibió solemnemente en San Martín Texmelucan, los declaró huéspedes de honor y les hizo visitar el incomparable convento de Huejotzingo y las importantes excavaciones arqueológicas que desde hace varios años vienen haciéndose en Cholula bajo la sabia dirección del Arquitecto Ignacio Marquina. Ya en la ciudad de Puebla se les recibió oficialmente en los palacios de Gobierno y Municipal, se les ofrecieron un almuerzo y una comida en "El Merendero" y la Universidad los hizo víctimas de una velada muy siglo XIX con discursos eternos, canciones románticas y recitaciones manoteadas.

En Tehuacán se les sirvió, en el Hotel Garci Crespo, un almuerzo que dejó mucho que desear. Las nueve horas de ferrocarril entre Tehuacán y Oaxaca sirvieron a maravilla para estrechar la amistad de los congresistas. Cuando un funcionario se disponía a imponer silencio a un grupo de alegres empleadas del Museo Nacional que, en el extremo de uno de los carros del tren especial, entonaba canciones populares, cambió de opinión al observar que varios de los más circunspectos profesores extranjeros las coreaban y anotaban la letra en sus libretas de apuntes. En la estación de Oaxaca los congresistas fueron, una vez más, declarados huéspedes de honor; visitaron, guiados por el Dr. Caso, los trabajos de exploración y reconstrucción de Monte Albán; Las Ruinas de Mitla y el Museo local que guarda con orgullo y magníficamente exhibidas, las joyas de la

Tumba. El Gobierno del Estado les ofreció un suculento almuerzo típico al aire libre que fué muy de su agrado, y el sábado 19 volvieron a esta ciudad haciendo los más elogiosos comentarios del paseo.

No creemos equivocarnos al afirmar que éste ha sido uno de los mejores Congresos de Americanistas y que Méjico ha contribuido poderosamente a vivificar estas reuniones de sabios que habían decaído notoriamente durante los dos últimos lustros.

Méjico, D.F., a 26 de Agosto de 1939.